

Tema 4. La experiencia democrática de la II República y la Guerra Civil (1931-1939)

La internacionalización de la Guerra Civil española

La Guerra Civil española se debe de contextualizar en el marco de las complejas relaciones internacionales de la década de los años treinta, y más concretamente en la pugna política, diplomática, ideológica y estratégica que enfrentaba a las potencias liberales occidentales, Francia y Gran Bretaña, a los estados fascistas, Italia y Alemania, y a la Unión Soviética.

La reacción de las grandes potencias determinó, en gran medida, tanto el curso de la Guerra Civil como su resultado

Como señala Paul Preston si bien la postura oficial internacional respecto a la guerra española fue la de “no intervención”, el resultado del conflicto armado se decidió en las Cancillerías de Europa más que en los campos de batalla españoles.

Como ya hemos señalado al hablar de la sublevación de julio de 1936, la ayuda de Italia y más tarde de Alemania fue fundamental para que el golpe de estado se convirtiera en una guerra. Los cobertura naval y aérea de estas potencias permitieron el traslado de tropas de Marruecos a la Península, lo que favoreció el rápido avance territorial del ejército sublevado. A lo largo de la guerra la colaboración de estos países y el apoyo de sus líderes, Hitler y Mussolini, fue clave para el desenlace final de la guerra y la victoria del ejército franquista. De Italia y Alemania llegaron a España unidades militares enteras como el Cuerpo de Tropas Voluntarias o la Legión Cóndor. Se calcula que al final de la guerra unos 80.000 soldados italianos habían participado en la guerra española, y unos 20.000 en el caso alemán.

Los motivos de este apoyo fueron fundamentalmente políticos y estratégicos. Por un lado, la proximidad ideológica y el deseo de favorecer la consolidación de un régimen autoritario en España. Por otro, los intereses geoestratégicos y militares. Un nuevo aliado para el futuro bélico que se preparaba, y una puesta a punto de sus ejércitos y de su material bélico.

El bando sublevado contó, además, con el apoyo de Portugal quien envió una división de apoyo, los Viriatos, y gestionó la frontera con España favoreciendo los intereses de los sublevados. Por su parte, si bien Estados Unidos se declaró neutral, empresas como la petrolera Texaco suministraron gasolina en unas buenas condiciones económicas a los sublevados.

La posición de las potencias democráticas fue más ambigua. Las primeras decisiones de Francia y Gran Bretaña estuvieron dirigidas a procurar el aislamiento del conflicto español. El objetivo era claro: evitar que la sublevación militar con la República española pudiera tener repercusiones en la compleja situación europea. En ese sentido propiciaron la creación del llamado Comité de No Intervención, apoyado por todos los gobiernos europeos con la excepción de Suiza. En el mismo se acordaba la no injerencia diplomática y militar en los asuntos españoles. Como han señalado autores como Enrique Moradiellos en sus investigaciones, este acuerdo perjudicó a la República por el incumplimiento del mismo por muchos de los países que lo habían suscrito y muy especialmente por los que apoyaban al bando franquista.

El apoyo de la Unión Soviética a la República fue doble. Por un lado, a través del envío de armamento que fue financiado con cargo al oro del Banco de España. Por otro, con la gestión de la llegada de tropas a través de la Internacional Comunista en los voluntarios llegados de diferentes lugares del mundo y que integrarían las conocidas como Brigadas Internacionales.

